

El alquimista de la pantalla

VV. AA. (2010). *Val del Omar. Overflow*. Museo de Arte Contemporáneo Reina Sofía: Madrid

Edgar Straehle Porras
Investigador independiente
edgarstraehle@gmail.com

José Val del Omar sintetiza una de las tragedias habituales que conocemos tan bien en España. No consiste tanto en una muerte violenta o algún suceso concreto teñido de tragedia, sino una tragedia cotidiana que se plasma en la falta de apoyos y en el abandono de las personas válidas a unas condiciones que imposibilitan la gestación o la difusión de obras que en otros países hubieran sido reverenciadas por la crítica. Val del Omar fue un «creyente del cine», una persona que se involucró completamente en sus audaces sueños y que ha recibido el olvido como respuesta. De ahí la necesidad, o el acierto, del Museo Reina Sofía y el Centro José Guerrero por recuperar la memoria de un personaje que merece ocupar un espacio concreto dentro de las historias del cine y del arte de nuestro país.

Este artista granadino ha sido uno de los autores más inclasificables del arte español y es ésta la razón por la que merece ser examinado en una obra deliberadamente coral que intenta dar cabida a las complejidades del cineasta desde perspectivas distintas. La vida de Val del Omar, en parte por el desconocimiento que se tiene de él, merece un trato especial que procure reconstruir su pasado desde lo biográfico a lo artístico, pasando por las cuestiones más técnicas que aportó, las posibles influencias que pudo tener o el contexto político con el que tuvo que lidiar. *Overflow* consiste en un trazado disperso pero bastante completo de los diferentes ángulos de la vida del autor y por eso el propio desbordamiento apanorámico, uno de sus conceptos teóricos más importantes, sirve también para aproximarnos a la confección de este volumen que desborda sus límites con las aportaciones de los otros artículos que le siguen o anteceden, por lo que como remate a cada uno de ellos se podría colocar el *sin fin* con el que Val del Omar concluyó algunos de sus filmes.

Gonzalo Saénz de Buruaga, yerno y discípulo del fallecido artista, comienza el libro colectivo con una aproximación biográfica que sirve de introducción para situar los otros aspectos de su obra. Se trata de reflejar una personalidad volcada en su vocación a la par que un desinterés absoluto por el *mainstream* que le hacen incluso aseverar en los años 60 que el cine, en esos momentos en pleno apogeo comercial, se está muriendo. Y es que el autor, cuyo gran testamento ha sido el *Tríptico Elemental de España* (1955, 1960, 1961), ha sido un apasionado y un creyente de su causa, a pesar de la poca repercusión que tuvo en su época y de los grandes problemas económicos que padeció. Las penurias de la dictadura tampoco ayudaron a este artista de grandes ideas que en su mayoría no pudieron ser llevadas a cabo.

Val del Omar fue uno de los pioneros del séptimo arte, tanto a nivel estético como también a nivel técnico. Él buscaba un nuevo cine que requería una tecnología entonces inexistente y que él mismo se tuvo que procurar. Por ello se empeñó en innovaciones propias como el sonido diafónico y la *tactilVisión* que intensificaran las posibilidades de sus películas y les dieran una dimensión polisensorial. Y es que su principal empeño consistió en una lucha por ensanchar los límites que identificaban el cine con lo visual y por eso su recorrido vital debe ser entendido como artístico y tecnológico a la vez, un camino en el que ambos elementos están inextricablemente entrelazados por la búsqueda de una expresividad que no podía hallar con los medios de los que se disponía en aquel entonces.

Por esa razón podemos comprender a Manuel Villegas cuando dice que Val del Omar fue “el gran poeta de la pantalla” (p. 94), aunque debe ser entendido desde una perspectiva amplia que incluya una relación problemática con el cine, como la del poeta con la lengua, que violenta sus instrumentos con el objetivo de superar sus limitaciones intrínsecas. También el *Tagesspiegel* compartió ideas semejantes cuando Val del Omar acudió a la Berlinale y se le consideró como el Schönberg de la cámara, por haber llevado a cabo unos esfuerzos similares a la hora de trascender los límites del lenguaje.

La obra de José Val del Omar es poco conocida por el gran público, aunque menos lo son todavía los vínculos que estableció con el gobierno de la II República. Se comprometió con las Misiones Pedagógicas, presididas por un anciano Manuel Bartolomé Cossío, uno de los puntales de la Institución Libre de Enseñanza y prominente discípulo de Francisco Giner de los Ríos. El objetivo consistía en difundir la cultura en las zonas rurales y desarrollarla en un momento en el que se tenía una imagen

penosa de ellas, especialmente gracias a películas como *Las Hurdes, tierra sin pan* (Buñuel, dir., 1933). Una legión de jóvenes estudiantes y artistas como Carmen Conde, Ramón Gaya o María Zambrano participaron en la iniciativa republicana y fueron a los pueblos para difundir las últimas obras e invenciones dentro del cine, el teatro o la música así como participaron en la creación de numerosas bibliotecas.

Val del Omar tomó parte de manera muy activa y mostró la curiosidad así como las grandes expectativas que tenía puestas en el séptimo arte. Consideró que podía llevar a cabo una pedagogía cinematográfica que superase los límites de la pedagogía libresca, también en una época en la que la tasa de analfabetismo era especialmente elevada y que dificultaba el papel educativo de los libros. Este afán pedagógico debe ser entendido asimismo dentro del intento comentado de superar las propias limitaciones del cine, intentando que fuera kinestésico. Val del Omar quería expandir el cine a los sentidos del tacto, del gusto y del olor para tratar de hacer una especie de obra de arte total. El cine era para él una experiencia trascendental que debía superar la dictadura de lo visual y no quedarse en lo que la gente consumía en las grandes pantallas.

Por eso, cuando Víctor Erice lo llama *alquimista del cine* (p. 258) –que era como a Val del Omar le gustaba designarse a sí mismo– lo hace a causa de una serie de proyectos visionarios que nunca pudieron llegar a ver la luz. Era un alquimista que puso su pasión en transformar la experiencia del cine y también para abrirlo a una posibilidad pedagógica novedosa y de más fácil propagación. Sin embargo, como en el caso de la alquimia, pareció ser una quimera. Su fracaso fue su olvido, un olvido consumado en vida que convirtieron tanto sus obras como sus proyectos en un legado póstumo que es digno de ser recordado.